

Cuadernos del Sur

Número 8 ■ Octubre de 1988

Tierra  fuego
del

AL ESTE DEL MENEMISMO (La izquierda frente a las elecciones).

Luis Rubio

La emergencia —más o menos imprevista— del “menemismo” en la escena política nacional, remueve los fantasmas de la izquierda y pone a la orden del día nuestras cuentas pendientes con la historia. Dos pulsiones se reavivan: un *gorilismo* más bien atávico y vergonzante y un *seguidismo* sin escrúpulos ideológicos. Si la ventaja inmediata del gorilismo parece consistir en su capacidad para preservar cierto “aparato” a costa de aislarlo aún más, el seguidismo puede crear la ilusión de que “se está con las masas populares” pero amenaza a la izquierda con la pérdida definitiva de toda identidad propia. El inveterado “realismo” de los operadores se inclina, en un reflejo burocrático profesional, hacia una yuxtaposición de ambas pulsiones sin articularlas: gorilismo “hacia adentro” de la propia organización y seguidismo “hacia afuera”, en dirección del frente electoral. Esta es la fórmula mágica del oportunismo izquierdista que, a esta altura de sus repeticiones históricas, no tendrá otro efecto que el de liquidar toda posibilidad de superar la crisis actual hacia la construcción de una alternativa socialista de liberación. Llamativamente, la principal herencia de la derrota y del terror es esta política de la “evitación”, que en el terreno específico de la izquierda se manifiesta en una política definida mucho más por lo que se teme que por lo que se apuesta. Genéricamente, se teme “volver al pasado”, se teme quedar “fuera de juego” de las burocracias políticas, se teme en demasía, y tanto miedo acaba imponiendo una política a la defensiva, sin proyección, impotente. Reducida a las maniobras negociadoras más mezquinas, relegada a la trastienda de la escena política y con segundones como interlocutores, las débiles dirigencias de la izquierda en crisis pueden acabar conformándose con el mendrugo para 1989, aunque eso suponga una hambruna de décadas.

1.- Las históricas incomprensiones de la izquierda argentina.

Nuestra izquierda carga con un pasado sumamente pesado y que no se atreve a pisar. Como es sabido, el movimiento socialista fue originariamente “in-

gertado" en la sociedad nacional y en ochenta años de trayectoria no ha logrado arraigar en el movimiento de masas ni en la avanzada obrera. Cada vez que el conflicto de masas y la lucha de clases han ofrecido condiciones para asentarse sólidamente en las bases de la sociedad, la izquierda ha desaprovechado la oportunidad o ha *fracasado* en el intento a un costo altísimo. Naturalmente que uno y otro resultado tienen un sentido diferente y responden a políticas tan opuestas como aquellas que, sistemáticamente, *rehúyen* la participación activa en el movimiento de masas y la construcción de una vanguardia en su propio seno, y aquellas otras que, proponiéndose esa construcción "en el movimiento mismo" y llevándolo a la práctica, fracasaron y fueron aniquiladas. No todos los "errores" históricos tienen la misma naturaleza, y aún en el terreno de lo fallido, es necesario distinguir políticamente la traición de la derrota. Pero, sin profundizar en esta decisiva cuestión, creemos bastante objetivo el aserto que indica la incompleta superación, por parte de la actual izquierda supérstite argentina, de su inicial "exterioridad" (circunstancia que la propaganda dominante, tanto de derecha como populista, no ha dejado de denunciar y de aprovechar para que el aislamiento y el descrédito de la izquierda se profundicen).

Esta situación ha dificultado la formulación de una política revolucionaria socialista que no sólo comprendiera los componentes populares y nacionales del proceso de masas en Argentina, y los articulara en sus programas, sino que fuera capaz de realizarlo prácticamente en la tarea de construcción. Y este segundo aspecto es, sin duda, primordial. Una izquierda en sus orígenes tan *dependiente* como la organización política nacional, traída y formada por inmigrantes anarquistas y socialistas europeos en una sociedad de estructura agro-exportadora e incipiente desarrollo industrial, no podía dejar de sufrir la impregnación de la ilustración liberal-positivista que la propia oligarquía terrateniente sustentó en su momento fundacional. Así, la doctrina educativa que dividió a la sociedad y a la historia nacionales en el dilema de civilización y barbarie, fue compartida por un socialismo que también se proponía "civilizar" a la clase obrera y al pueblo conforme a un modelo europeo. Y cuando la socialdemocracia europea entra en su bancarrota histórica como movimiento revolucionario, y entre nosotros surge el comunismo también como reflejo de contradicciones que se dirimían fuera de la propia sociedad, las nuevas tendencias burocrático-autoritarias y los bandeos oportunistas de la III Internacional cristalizaron la plataforma liberal-positivista de la izquierda argentina convirtiéndola en una doctrina de "aparatos". El Partido Comunista se erigía en portador de una verdad universal que debía "bajar" a la clase obrera para educarla en el cumplimiento de su destino histórico. De este modo, la "ajenidad" de una izquierda que veía la sociedad argentina con ojos extraños, desde afuera, y se sentía encarnando un saber revelado que el pueblo comprendería una vez que superara su "atraso", pasó de ser una ideología

pedagógica y un comportamiento más o menos individual de las grandes figuras socialistas, a constituirse en dogma de un cuerpo de funcionarios profesionales. Así se consolidó el aislamiento.

2.- El trauma histórico: una cicatriz que todavía quema.

Pero esta desgraciada situación desemboca en un enfrentamiento histórico entre aquella izquierda, así fracturada, y el movimiento obrero y popular emergente en la Argentina de los años '40. Aferrados a los destacamentos combativos de la vieja clase obrera inmigrante, midiendo los grados de conciencia por sus programas más o menos radicales y no por los niveles de la lucha real, tanto los socialistas como los comunistas fueron incapaces de comprender la potencialidad de las fuerzas desatadas por la crisis económica y política de 1930. En consecuencia, no pudieron aprovecharla para hacer pié en el movimiento de masas que se estaba formando ni mucho menos para construir una vanguardia revolucionaria. Aferrándose a una lectura superestructural del peronismo, e imponiéndole moldes europeos, redujo la riqueza de un movimiento masivo a puro y simple *fascismo*, con lo que se incapacitó tanto para disputarle al reformismo las avanzadas obreras como para aprovechar para una organización independiente las reformas del Estado y la expansión económica que, objetivamente, mejoraron las condiciones de vida y de lucha del pueblo. La condena en bloque del peronismo resultaba lógicamente de un método de pensamiento que identificaba, de manera mecánica, la dinámica espontánea de las bases sociales con las formas políticas que le imponía la clase dominante, y confundía la actividad política con los programas políticos. ¿Esa concepción está definitivamente superada?

Las consecuencias de semejante enfrentamiento entre izquierda marxista y movimiento de masas real, no podía tener otro efecto que consolidar la burocratización de la organización partidaria, crisparla en el aislamiento y hacerla más y más dependiente de sus apoyaturas internacionales. Se trataba de una dirección de funcionarios que, después de dar la espalda a su propia realidad y recibir el merecido desprecio de las bases sociales que aspiraba a organizar y representar, clavaba una mirada vacía en remotísimos centros de la revolución mundial y quedaba fascinada por su resplandor. Pero aún refugiándose en la superestructura, ese marxismo economicista y servil, cada vez más dominado por intereses de camarilla, tampoco supo ver con claridad las nuevas formas y tendencias que desencadenaba la crisis de hegemonía en el Estado. Haciendo una lectura convencional del "corporativismo" peronista en lugar de aprovechar la sindicalización masiva y la formación de un movimiento obrero nacional, en vez de contrapesar "por abajo" la política populista "por arriba", esta izquierda tampoco comprendió el sentido histórico de la emergencia militar ni la nueva función de las Instituciones. Esta miopía explica por qué,

luego de la caída de Perón en 1955, el PC recobra a los “militares patriotas” junto con la “burguesía nacional”, y ya que se trata de sectores ilustrados de una sociedad atrasada, les asigna la dirección de la revolución democrática inconclusa y del frente de masas. La búsqueda desesperada de un aliado burgués y estatal para un proyecto que no era capaz de presidir, sustituyó una política de arraigo en la clase obrera y puso de manifiesto la suspicacia y el temor que el Partido sentía ante la inorgánica espontaneidad de las masas.

3.- Visión conspirativa de la historia y jesuitismo político.

Desde entonces hasta hoy, la mácula de aquel trauma histórico señala a la izquierda argentina, para mal y quizás también para su bien. El fin de la Segunda Guerra y la etapa de la Guerra Fría, tuvieron la virtud de reforzar dos tendencias internas preexistentes en la burocracia comunista. Una, la concepción conspirativa que hacía ver cada conflicto interno como el resultado de un complot internacional del imperialismo. De este modo se insistía en observar la realidad “desde afuera” (¿desde un punto utópico? ¿desde el lugar de la revolución proletaria consumada?), se concebía al imperialismo como un enemigo externo sin comprender la imbricación estructural de la dependencia capitalista, y finalmente, se asumía un mundo dividido en dos bloques irreductiblemente antagónicos ubicándose en uno de ellos para contemplar todos los hechos, concebir los procesos y formular propuestas. Si la dependencia originaria de la izquierda argentina fue cultural, y la dependencia del comunismo heroico se tornó política, la del Partido adscribió a una patria extranjera en nombre de un internacionalismo que había dejado de ser proletario para volverse burocrático.

La otra tendencia preexistente que cristalizó en hábito de pensamiento y de acción fue aquella que concibe a la política como un “negocio”. Se negocia entre interlocutores oficiales y oficiosos pactos y acuerdos superestructurales, siempre resolviendo precariamente alguna “salida” a la coyuntura inmediata pero sin articularse explícitamente y de manera conciente con ninguna estrategia de construcción de masas. Entre las tácticas mínimas y las máximas estrategias no quedaba espacio sino para una política concebida como una yuxtaposición de medidas puntuales que variaban en cada oportunidad sin necesidad de dar cuenta de su propio pasado, y eran legitimadas por principios y metas situadas más allá de cualquier práctica real. Por este camino se mantenía el “aparato” burocrático a expensas de su arraigo social, y se conservaba un puesto aunque fuera secundario en la mesa de negociaciones del Estado. He ahí todo lo conquistado por el oportunismo de una izquierda reformista siempre a la zaga de las opciones burguesas, contentándose con no quedar del todo descolgada y llegando tarde al banquete de los políticos para lamer

las sobras. Siempre era posible echar las culpas de la propia miseria a los complots de la CIA, convocar en vano a la burguesía nacional democrática y a los oficiales patriotas para formar un frente del que la clase obrera y el pueblo poco o nada sabían, e “infiltrarse” en los partidos de masas y en las instituciones estatales para influir, por control remoto, a las tendencias “de izquierda” que allí surgieran, ante la incapacidad para promover y organizar en las bases una fuerza propia e independiente.

Fue en el contexto de esta concepción conspirativa y de estas prácticas maquiavélicas que la izquierda oficial argentina, principalmente el PC, “recuperó” al peronismo después de 1955: por arriba y con la intención de seducir a sus inclinaciones izquierdistas. Se afirmó que el peronismo de la resistencia y de la oposición posterior había “virado a la izquierda” (con lo que el análisis hecho anteriormente perdía actualidad pero conservaba su presunta verdad), y se reafirmó el supuesto pedagógico de que los comunistas debían “desperonizar” a la clase obrera argentina que, una vez caída la venda populista-reformista-facista de sus ojos, descubriría la verdad del marxismo y adheriría automáticamente a sus representantes en esta tierra. Nuevamente desde afuera el PC no comprendía las contradicciones internas del peronismo y del movimiento obrero, y se limitaba a actuar como una institución estatal: desde arriba y a un costado de la lucha de clases. Se trataba de una izquierda que había perdido toda intención de recuperar la iniciativa política, que renunciaba tácitamente a construir una dirección autónoma e impulsar la conquista del poder, y acababa acomodándose en la retaguardia de sectores de la burguesía que suponía enfrentados “objetivamente”, por sus intereses económicos, al imperialismo.

Desde entonces, el PC actuaría “por delegación”. Para mantener intacto el aparato, concebiría su política de frente siempre en los límites de la coyuntura electoral, logrado en la negociación superestructural con “nomenclaturas” presuntamente representativas de tendencias de izquierda en otras fuerzas políticas, y sin construir sus propios referentes en el movimiento de masas. Lógicamente, los programas de tales frentes electorales eran la sumatoria de las reivindicaciones inmediatas de cada sector, al margen de cualquier línea política coherente, y no conseguían ocultar la intención de “atraer” a todo el mundo: meterlos en la misma bolsa y estamparles el sello del partido. Endémicamente privada de dirigentes populares propios a causa de esa política, la izquierda partidaria se resignó a cooptar sus candidatos del campo político extrapartidario, creándoles una “imagen” adecuada mientras le sirvieran. Lo más triste de estas especulaciones oportunistas fue su inoperancia para construir una fuerza revolucionaria de masas.

4.- Vieja y nueva izquierda en los años '60.

Entre tanto, la situación nacional iba cambiando. Luego de los sucesivos fracasos desarrollistas, se inicia en 1966 la ofensiva estratégica de la gran burguesía financiera, valiéndose de una Institución Militar refuncionalizada. Por debajo de este proceso de dictaduras tecnocráticas "a la brasileña", se produce en la plataforma social una confluencia explosiva. Los destacamentos más avanzados de la nueva clase obrera, encabezada por los mecánicos cordobeses, entran en contacto con una juventud pequeño-burguesa en proceso de radicalización. Desde el Cordobazo (1969), y en la retirada de la dictadura militar de la Revolución Argentina, esa confluencia ocupa y rebalsa al movimiento peronista y empieza a configurarse un frente obrero y popular combativo y en avance continuado hacia el Estado.

Esta nueva situación no podía sino influir sobre la izquierda. Se reflejó en contradicciones y fracturas internas, y a su vez, en la emergencia de nuevos destacamentos revolucionarios en la sociedad. Luego de una primera recepción del impacto de la Revolución Cubana, cuando la realidad hizo posible llevar a la práctica sus enseñanzas, el PC se aparta de los nuevos emergentes, expulsa a las nuevas tendencias de su propio ámbito, y vuelve a cerrarse sobre sí mismo. En un enfrentamiento puramente programático y superestructural al Gran Acuerdo Nacional (GAN) que propuso el General Lanusse, último presidente de la Revolución Argentina, inicia una política de frentes electorales oportunistas con el Encuentro Nacional de los Argentinos (ENA), sin que desde entonces hasta ahora, esa política haya logrado algo más que mantener la presencia de una sigla en las boletas y profundizar la impotencia de masas.

Pero esta marginación deliberada del PC respecto de los nuevos movimientos, asumida en lugar de comprenderlos, revisar autocríticamente las propias posiciones y trabajar para la unidad y desarrollo de una nueva izquierda, tuvo nefastas consecuencias para el futuro. Consagró la fractura entre una vieja izquierda oficial (legal y pacifista) y una nueva izquierda no-oficial (clandestina y armada). Esto acarreó un doble efecto, cuyas consecuencias perniciosas se verán recién algunos años después. Por un lado, anquilosó a un PC abroquelado en sus aparatos, y ahora no sólo enfrentado a los sectores más avanzados de la clase obrera sino opuesto a los emergentes revolucionarios de su propio campo: la izquierda. Por el otro, condenó a la nueva izquierda a "empezar de cero", a aprenderlo todo como si careciera de pasado, a construir la organización sin recursos y verse amenazada por el espontaneísmo, el voluntarismo, el economicismo, el militarismo, etc. Esta divergencia que antagonizó innecesariamente contradicciones que se daban en el campo del pueblo y no con el enemigo, que sin embargo tuvo figuras de síntesis como la de Agustín Tosco, y que los militantes de base, en los propios frentes de lucha, vivían como una tendencia natural a la unidad que "por arriba" se veía permanente-

mente frustrada, debilitó a la izquierda en general, hizo mucho más lento su avance y la dejó sin respaldo histórico.

El golpe de 1976 y la ofensiva terrorista que la siguió, acarrió la derrota política y el aniquilamiento físico de la nueva izquierda (que en su momento integró a Montoneros, al menos en los hechos), y dejó a la vieja izquierda como la única heredera orgánica de una historia que no había entendido ni protagonizado pero que se tomaba sus propias revanchas sobre el Partido. La "neutralidad" respecto de la dictadura militar terrorista, la incapacidad para encabezar la resistencia democrática, acabó hundiendo a la vieja dirección y al Partido en un pantano del que, dificultosamente, intenta emerger en el presente cargando con un pasado de traiciones, errores y derrotas, pero también de victorias parciales y de heroísmo que es necesario sintetizar en una única historia de las luchas populares.

5.- La reconstrucción de algo que no llegó a ser todavía

La actual crisis de la izquierda, su dispersión orgánica, su descomposición ideológica, su confusión política, el síndrome de su impotencia de masas, son resultados de una historia que es preciso *asumir*. Tan pesada es esa carga que en muchos provoca el impulso de desembarazarse de ese fardo, dejarlo a un lado del camino con la ilusión de seguir la marcha con paso alivianado. Pero nunca el olvido ha sido el remedio de un recuerdo atormentador ni fue capaz de liberar de sus retornos. Si efectivamente se quiere construir un nuevo proyecto socialista, esa empresa histórica no parece posible declarando que "lo pasado, pisado", haciéndose a un lado como si nada hubiera ocurrido y cayendo en la ilusión de empezar desde el principio "por otro lado". No hay construcción concreta que no se cimente en las condiciones dadas, esas que no elegimos y constituyen nuestra propia *condición* histórica. Asumir nuestro pasado es hoy más urgente que nunca ante la nueva emergencia de viejos reflejos suscitados por el triunfo de Carlos Menem en la interna peronista, y las perspectivas electorales para 1989. Si para preservar una identidad de izquierda nos encerramos en una política "obrerista", estrechamente de clase, y recogemos la alarma de una pequeña burguesía tan asustada por el retorno del "aluvión zoológico" como por un nuevo golpe militar, o contrariamente, si con la intención de acabar con el "gorilismo" de izquierda, nos conformamos con una ambigua posición centrista que no defina el carácter de la crisis actual y el sentido de las "salidas" que propone el bloque en el Poder, estaremos reiterando viejas tareas y tanto sacrificio habrá sido en vano.

Toda política revolucionaria, es decir, toda política dirigida a transformar de raíz el orden de cosas existente, es la síntesis entre *necesidad* y *posibilidad*. Por eso debe articular, querer y poder, pero no reducirse a ninguno de esos

términos sino trascenderlos teórica y prácticamente a ambos. Y en el presente, la propia crisis capitalista antagoniza necesidad y posibilidad de tal modo que, lo que aparece inmediatamente como más necesario para la enorme mayoría del pueblo, se presenta también como prácticamente imposible. Tan paradójica es la situación que diríase que nunca la revolución fue más urgente y necesaria que hoy, desde el punto de vista de la situación objetiva, y jamás resultó más utópica. Entre esos extremos, que la crisis separa al infinito, se desarrolla la política revolucionaria, negándose a abandonar cualquiera de ellos y su contradicción, y encarando tenazmente su vinculación dialéctica. ¿De qué manera articular necesidad y posibilidad sin caer en un doctrinarismo impotente o en un posibilismo sin futuro?

No cabe duda de que tan crítica es la situación de la izquierda argentina hoy, tan dispersa y debilitada se encuentra incluso respecto de su propio pasado, que hace lo poco que puede en mayor medida que lo mucho que quisiera. Pero aún en ese poco que somos capaces de realizar, lo fundamental debe estar presente si queremos mantener el sentido de la política. Precisamente por este mínimo de coherencia estratégica es que la posición de la izquierda, y de su referente orgánico más importante, el PC, en la coyuntura electoral del '89, DEBE SERVIR EXPLICITAMENTE PARA AVANZAR EN LA CONSTRUCCION DEL FRENTE DE LIBERACION SOCIAL Y NACIONAL. De ninguna manera pueden ubicarse las candidaturas, los programas y las campañas al margen de esa construcción, ni es posible suponer que el proceso de opción electoral y los resultados que se obtengan no tendrán influencia sobre el porvenir inmediato de la izquierda y de la franja social que busca una expresión política de esa orientación. Las elecciones del '89 pueden ser DECISIVAS para nuestro futuro, en tanto señalan en la práctica de masas un *viraje real*, o reincidan en una política oportunista de comprobada esterilidad. Una nueva frustración de las expectativas de un sector popular y obrero no por reducido menos influyente, que cifran en una alternativa francamente de izquierda la salida de la crisis actual, sería catastrófica para las actuales direcciones y los regresaría a una desintegración y vaciamiento difícilmente recuperable en el mediano plazo. Y aquí surgen algunas preguntas claves: ¿Qué expectativas son las que la izquierda necesita recoger y formular concientemente? ¿A qué interlocutores nos dirigimos en las próximas elecciones? ¿A qué podemos legítimamente aspirar? ¿Con qué parámetros medir nuestro avance o retroceso?

6.- Lo que el pueblo puede esperar de Menem: los fatuos fuegos de la derecha.

La victoria electoral de Carlos Menem en la interna peronista no puede considerarse concluyente. Sin embargo, ha tenido un enorme efecto deses-

tructurante sobre el sector renovador, que se había considerado triunfador indiscutible y en ese carácter negoció con el alfonsinismo. Para triunfar, el menemismo contó con dos aliados importantes: el descontento de amplios sectores populares y el aparato de la burocracia miguelista (las 62 Organizaciones). Un cafierismo demasiado comprometido con la "gobernabilidad" del régimen alfonsinista, hizo el resto. Pero, más allá de sus ventajas coyunturales, el menemismo tiene a su favor algo mucho más profundo: la continuidad de una tradición peronista. Sin duda la imagen del caudillo paternalista, la promesa de un futuro mejor y la reinvidicación de los pobres, están mucho más cerca del peronismo histórico y sentimental que la racionalidad tecnocrática del cafierismo. Menem porta los penates populistas y eso, en medio de la desesperación de ingentes sectores marginales, tiene un enorme poder de atracción. La "modernización" tecnocrática del peronismo quedó perpleja ante su propia derrota, sobre todo en el cinturón obrero de Buenos Aires, y en medio de la confusión, empezó a reciclar y a reacomodarse.

Pero Menem parece ser el más asustado ante los peligros de su propia imagen popular y las tensiones que podrá desatar. El voto menemista es un gesto de resistencia espontánea, encierra tanto el rechazo de la situación actual como la esperanza cifrada en el retorno de un pasado fetichizado. Para tranquilizar a los factores del poder internacional, el candidato victorioso se apresuró a recorrer los centros capitalistas para vender una imagen "confiable" a las altas finanzas, dejó enfriar la euforia antirenovadora de sus propios seguidores, y al regresar, empezó a actuar con llamativa prudencia respecto de las políticas que más criticó en su campaña electoral. Se cuidó de no cuestionar a fondo el Plan Primavera, aunque se trata de una nueva "vuelta de tuerca" económica para condicionar por la base su propia victoria en el '89, no emprendió una ofensiva para que su sector obtuviera la presidencia del bloque de diputados desplazando a Manzano, y en la Provincia de Buenos Aires, negocia con Cafiero la permanencia de éste al frente del Partido a cambio de listas únicas en los distritos electorales. Su posición inicial y sus vacilaciones posteriores en relación con el paro declarado por el Secretario de la CGT, Saúl Ubaldini, para el 9 de Setiembre, pueden considerarse sintomáticos para el futuro. No apoyaba la medida de fuerza, trabajó para que se redujera de catorce a sólo ocho horas, y estuvo ostensiblemente ausente del palco oficial. Las burocracias sindicales ubaldinista y miguelista le ofrecieron un escenario para su propia promoción, pero se ha demostrado que carecen de poder de convocatoria a la movilización y que tratan de atar al futuro presidente peronista a su propias especulaciones. Las negociaciones entre Alfonsín, Angeloz, Cafiero y el propio Menem, acerca de la reforma de la Constitución, con sus acuerdos parciales y diferencias de forma, son índice de que la unidad entre la burocracia radical y la burocracia peronista avanza y se consolida. ¿Puede esperarse de este candidato peronista, al que el go-

bierno parece cederle su herencia ya que únicamente un milagro podría devolverle al radicalismo la mayoría electoral, otra cosa que la continuidad sustancial de una política de "reajuste" impuesta más por las leyes objetivas de la crisis y la transición que por las buenas intenciones de los operadores políticos?

No hay datos ciertos de que el menemismo, en el gobierno, pueda tomar medidas decisivas para cambiar el rumbo de la política económica-social dominante. La propagandizada "moratoria de la deuda externa" no parece plausible, al menos para un gobierno tecnoburocrático y sin el desencadenamiento de un movimiento social de resistencia con resultados "imprevisibles" incluso para sus eventuales promotores. ¿Está en condiciones el menemismo de desatar un proceso combativo de masas? ¿Podrá tolerarlo siquiera? ¿Cómo va a conducirlo? ¿En base a qué proyecto estratégico? Si efectivamente no cabe esperar de Menem ningún cambio fundamental, el resultado será una administración más o menos tecnoburocrática acompañada por una débil política de promoción social con discurso nacionalista y populista dirigido a aplacar los impulsos de resistencia. Y si eso no es suficiente, siempre resulta posible desviar la violencia de masas contra las masas mismas, y desarrollar propuestas de autovigilancia como la de los "vigías de la comunidad" del Intendente Rousselot en Morón. ¿Acaso no trata el propio candidato peronista de convencer a la gran burguesía de que está en mejores condiciones que un alfonismo desprestigiado, para proseguir con la reconfiguración en curso? Menem sabe perfectamente que, para gobernar, debe ofrecer al bloque en el Poder garantías suficientes de que sabrá regular los inevitables conflictos con el menor costo para los intereses dominantes.

Aquellos sectores de la izquierda bienintencionada, "nacional y popular", que siguen identificando de manera automática a la clase obrera con el peronismo, y que de apoyar al cafigerismo "civilizado" pasan a recostarse sobre el menemismo "bárbaro" fieles al mandato del pueblo, no advierten o no quieren advertir los ejes dominantes de la política actual y los cambios operados en el peronismo. Siguen identificando a este peronismo tecnoburocrático con el peronismo del '73, siguen alentando expectativas movilizadoras, y en su afán de no descolgarse del movimiento de masas, se proponen mantener como sea un "centro" en bancarrota objetiva. ¿Vale la pena insistir sobre las diferencias entre la coyuntura del '73 y la actual, la política de entonces y la de ahora, el peronismo del "retorno" y el peronismo de la modernización? Lo que era un movimiento de masas en ascenso incontenible en 1973, capaz de imponer sus propias condiciones a Perón, hoy es una sociedad desintegrada y a la defensiva; lo que fue una clase obrera en franco proceso de recuperación sindical y con avanzadas nuevas, es hoy un proletariado desmovilizado y sometido a cambios estructurales que no comprende ni mucho menos controlar; lo que era una alianza dinámica entre trabajadores y pequeño burguesía,

hoy es creciente polarización. Pero también han cambiado las reglas del juego en el Estado. La crisis general, y la crisis de hegemonía en particular, imponen a TODOS LOS OPERADORES POLITICOS por igual la inercia de una administración tecnoburocrática como única salida. Aunque la integración de la burocracia militar al proyecto de una burocracia orgánica de Estado esté todavía lejos de consumarse, aunque la burocracia sindical deba provocar golpes de efecto como el paro del 12 de Setiembre para demostrar su fuerza pasiva y recobrar un puesto en la negociación, aunque la figura del Primer Ministro sea resistida por un peronismo que quiere recibir la totalidad del Poder Ejecutivo en 1989. La mecánica interna de la crisis determina la lógica del movimiento político burgués, o al menos, fija sus márgenes insuperables. Ahí claudica la imaginación de los politicólogos.

Los fundamentos de legitimación del dominio, de consenso y de representación, han cambiado de manera irreversible. Esa legitimación proviene, cada día más, de los acuerdos entre los diferentes cuerpos burocráticos y se negocia en el seno de las instituciones; el consenso a que apela el régimen es pasivo, meramente negativo, basado en elecciones por descarte del "mal menor", y se dirige a *disuadir* la resistencia potencial más que a ganarse el apoyo activo. Finalmente, la representación no implica ningún mandato determinado sino, como quiere Norberto Bobbio, un mandato genérico de administrar la cosa pública de la mejor manera posible y sin atarse a intereses sectoriales. Tan es así que las promesas electorales comprometen cada vez menos y el doble discurso es admitido por todo el mundo: mientras el gobierno proclama el acuerdo con los grandes industriales y comerciantes para mantener la estabilidad de los precios, a cambio del congelamiento salarial, las remarcaciones continúan a los ojos de los consumidores inermes. Los efectos esquizofrenizantes de estas situaciones constituyen la herencia del terror y reproducen sus condiciones en los hechos.

He aquí algunas de las reglas del juego político actual del que ningún operador está exento. El menemismo es tan esclavo de ellas como el cafierismo y el propio Alfonsín (quizás el que mejor lo sabe). Ellas aseguran la continuidad sustancial del sistema, sea bajo forma de una democracia tecnoburocrática como bajo una dictadura institucional. Incluso los acuerdos en ciernes entre las burocracias militares y civiles (siempre acosadas por el peligro de la guerra), si logran consolidarse, significan un avance notable en la formación de ese cuerpo burocrático unificado que, supliendo la inexistencia de una clase hegemónica "nacional", ejerza sus funciones administrativas en representación de los intereses dominantes del bloque en el Poder.

Pero este pacto estratégico está todavía lejos de haberse consumado. De aquí hasta entonces median múltiples conflictos, bruscos virajes, nuevas correlaciones de fuerzas internas e internacionales. No es previsible que el pueblo argentino pague el altísimo costo que le exige la "modernización" de la

dependencia, en vidas y en historia, sin resistirse y luchar. En esa fuerza latente, que aporta los contenidos opositores y progresivos del voto peronista a Menem (que más allá de "castigar" al cafigerismo apuesta a "otra cosa" que no sabe muy bien qué es), y la tendencia espontánea a no entregarse, las que mantienen viva la llama de la liberación. Para desarrollarla, la izquierda unificada debe enfrentar a los elementos más regresivos y reaccionarios que porta el propio menemismo de masas, y que éste comparte con otras versiones menos populistas de la política tecnoburocrática. Este combate se da en el seno del movimiento de masas, en sus luchas concretas, en el interior de las conciencias y de sus prácticas. Allí debemos participar y no quedarnos en los umbrales, temerosos, delegando en otras fuerzas no socialistas ni revolucionarias, una tarea que únicamente nosotros somos capaces de realizar de manera consecuente y hasta las últimas consecuencias. Es hora de sacar la cara, levantar una propuesta democrática, popular y antimperialista PROPIA, proponer NUESTROS PROPIOS CANDIDATOS y empezar a reunificar a los sectores más avanzados y concientes de la clase obrera y del pueblo. Sólo ellos están en condiciones, por el momento, de recibir un mensaje de izquierda franca. Pero también únicamente ellos pueden reconstruir la fuerza necesaria para avanzar en la unificación del campo popular hoy disperso y confundido.

7.- La fatuidad centrista y el ascua de una izquierda unida.

La política oportunista tradicional, heredada del pasado histórico de la izquierda oficial, acostumbra a medir los resultados electorales por un "cálculo" numérico de la misma naturaleza que el que realizan los partidos de la burguesía. Obvio que si el objetivo que busca la izquierda se reduce a conquistar un puesto en la mesa de negociación interburocrática, o una banca parlamentaria que como el Holandés Errante desaparecerá en la bruma, ganar un buen número de votos es importante, cualquiera sea la composición social (de clase) de ese electorado y la política con que se obtenga su apoyo. Pero, aunque aceptáramos como mal menor esta lógica burocrática de los cómputos y *ratings*, que se gana el favor de cada sector diciéndole, por separado, únicamente lo que quiere escuchar pero ocultándole aquello que debe saber para resistirse, por más que nos resignáramos a acatar semejante reincidencia en el oportunismo, nos aguarda la conocida frustración, ya que: a) No existen posibilidades para una izquierda de masas en la Argentina de hoy, y en consecuencia, no puede lograrse un caudal electoral verdaderamente representativo sin antes *reunificar a las avanzadas* dispersas tanto sociales como políticas y resolver la propia crisis orgánica; b) Algún "buen papel" en las elecciones, conseguido a expensas de una propuesta de izquierda definida e independiente que se dirige a interlocutores sociales precisos *con la verdad*, resultará un nue-

vo espejismo: el fuego fatuo que consumirá a la izquierda sin hacer llama. Si no se objetivan las expectativas y se trabaja con un proyecto de acumulación y construcción de largo aliento, que no se agote en las elecciones de 1989, cualquier resultado meramente cuantitativo, por bueno que sea medido en la pequeña escala de nuestra izquierda, precipitará la dispersión y la descomposición en lugar de ayudar a superarlas. ¿Las bases de izquierda, militantes y simpatizantes, están en condiciones de soportar un nuevo desinfe del globo electoral que inflan los operadores? ¿Para qué servirán esos 500.000 votos con que se sueña? ¿Las actuales direcciones, incipientes y en proceso de estabilización, sobrevivirán a una triste victoria sin ejes de acumulación futura? Al margen de una política clara en la clase obrera y en las masas populares, de un análisis de la crisis capitalista dependiente que extraiga todas las consecuencias para el pueblo y del destino posible de esta democracia, no existe posibilidad alguna de darle *continuidad* ni siquiera a un frente electoral oportunista mediocrementemente "exitoso". Pero, al fin, efectivamente una opción de izquierda sin propuesta alternativa, podrá atraer el electorado potencialmente izquierdista existente en la Argentina de hoy? ¿Dónde está esa franja? ¿Con qué propuestas se disputa?

Sin intentar responder a estas preguntas, la política electoral de la izquierda seguirá cautiva de la especulación mezquina, de la negociación superestructural entre figuras irrepresentativas e inventadas, con programas que amontonan reivindicaciones inmediatas sin marco ni proyecto. Y las respuestas requeridas deben hacerse cargo de las siguientes cuestiones:

1.- El desplazamiento del espectro político hacia la derecha, desde la UCD hasta el PI, deja vacante un espacio de izquierda que nadie ocupa y que carece de propuesta nítida.

2.- Ese vacío en la escena político-electoral es la expresión, o en todo caso encuentra un correlato, en la propia sociedad. Sectores de la pequeñoburguesía y de la clase obrera, relativamente minoritarios pero cualitativamente importantes para la formación de un polo social de resistencia, alientan expectativas de izquierda que la propia derechización perfila con mayor claridad que nunca (pero el resurgimiento del "gorilismo" podría frustrar dividiendo con falsos antagonismos el campo del pueblo).

3.- A su vez, amplios sectores de masas quedan a merced de propuestas de derecha, y gradualmente pueden dejarse ganar por ellas: la burguesía por las opciones tecnocráticas y los sectores populares por las populistas. Ese es el caudal que debemos disputar; allí es preciso intervenir con una propuesta propia e independiente, que alternativice las falsas opciones del radicalismo y del peronismo, y una práctica concreta que desarrolle las más amplias alianzas en la base de masas.

En medio de esta situación surge el falso dilema en que debate la izquierda hoy: propuesta de centro-izquierda o de izquierda unida. Esa oposición no en-

frenta una política de masas a una política sectaria. Por el contrario, traducida en hechos quiere decir: alianza oportunista en torno a alguna figura de presunto prestigio con un discurso tan amplio como impreciso, o alianza de las fuerzas reales de la izquierda existente con una propuesta de liberación social y nacional, de socialismo popular y antimperialista. En el primer caso, las "imágenes" y las "figuras" lo determinan todo y se desvanecen al día siguiente de las elecciones (¿es necesario citar ejemplos recientes?); en el segundo son los objetivos y las prácticas los que definen la propuesta. Mientras la primera opción se dirige a un electorado indiferenciado, sin distinción de clases o sectores, y se conforme con el mayor número de votos, la segunda interpela a aquellas clases y sectores sobre los cuales se asienta una política de construcción y de resistencia con porvenir. A la visión meramente cuantitativa de la especulación electoral se opone la concepción cualitativa, que para evaluar los éxitos y los fracasos toma en consideración los avances reales logrados en la construcción de una vanguardia de masas. En tanto la primera opción, la de centro-izquierda, le hace el juego al equívoco que identifica "centro" con "popular"; la otra define a lo popular en términos de reivindicaciones reales y a lo nacional como antimperialista. Y finalmente, mientras la falsa opción de centro-izquierda (definida así por la política concreta, no importa lo "izquierdista" que puedan parecer los programas) quiere restaurar el CENTRO que los imperativos de la crisis han roto y que tanto radicales como peronistas se apresuran a abandonar; la posición de izquierda unida y franca, aprovecha el develamiento de la ilusión centrista que cultivó la socialdemocracia ilustrada y encandiló a muchos intelectuales, denuncia el corrimiento a la derecha y lo alternativiza con una posición independiente.

Y aquí viene el concepto clave de esta política: *alternativizar*. El peronismo aglutinado alrededor de Menem y su equipo, debe ser alternativizado en el seno mismo del movimiento de masas con posiciones populares, obreras, democráticas y antimperialistas valientes y claras. Sólo desde una alternativa independiente, propia, será posible atraer y ganar a los sectores vacilantes o desilucionados de radicalismo y peronismo, que la posición centrista pretende seducir manteniéndolos en su falsa identidad. Y alternativizar no quiere decir gorilismo ni aislamiento. Una propuesta popular y una política de resistencia en todos los frentes, tanto al radicalismo tecnocrático como a la salida menemista de una nacionalismo y un populismo de fachada sobre los que pueden montarse las derechas institucionales (Fuerzas Armadas, Iglesia Católica, Corporaciones), garantizan una vinculación fluida y rica con las bases que no haga seguidismo para mantenerlas en la ilusión y la impotencia. Es preciso aclararles el verdadero sentido de la crisis actual y del proceso que se vive, y proponerles con las mediaciones coyunturales necesarias, la perspectiva liberadora del socialismo. Así será posible romper la subordinación del impulso de resistencia a las viejas formas populistas, que encierra el voto a Menem, y

ganar esa fuerza para la unidad en lucha del campo popular. Y en definitiva: ¿Con qué otra política podremos superar la crisis orgánica, el vaciamiento ideológico y el atraso político, de la izquierda argentina actual?

Si realmente queremos fortalecer nuestra organización política, desembarazarla de los lastres reformistas y oportunistas que la esterilizan, remover las causas estructurales de su burocratización interna, no necesitamos bomberos sino *fogoneros*, porque no se trata de apagar sino de avivar los fuegos críticos que pueden consumir el almacén de una institución ficticia y sacar a la luz sus fuerzas reales. Debemos sincerarnos ante la sociedad, y para eso, nosotros mismos tenemos que asumírnos y confiar en la necesidad de la revolución. Nadie va a creer que luchamos contra la democracia restringida y por una democracia verdadera si nuestra propia organización funciona con democracia restringida y la crítica interna se supedita a la "conveniencia" de los funcionarios, especializados en regular el conflicto para que no desemboque en una transformación de fondo. ¿Cuánto más podemos perder ya como no sean nuestras propias cadenas? Si abrimos las puertas de par en par ¿qué otros van a querer entrar que no sean aquellos de convicciones revolucionarias tan firmes como para no temerle a la derrota o a la horca? Incluso una alianza de izquierda, a la que sólo se llega por descarte, sencillamente porque la inicial y seductora apuesta centrista no fue aceptada por los propios centristas natos, un acuerdo entre el PC y el MAS pensado para salvar las apariencias, preferible a la desgracia de no participar en las elecciones, que no se articule con la más amplia democracia y levante, más que un programa inmediato que será el que todos conocemos, una *política* común de construcción en el movimiento de masas, correrá el serio riesgo de disfrazar de izquierda al centrismo que no pudo ser. Obtener siempre lo contrario de aquello que dice procurar, es el premio infalible que la historia otorga al oportunismo de izquierda. ¿Será ése nuestro regalo del '89?

Setiembre 1988